

Rubén Darío

Por Roberto Echavarren

Prosas profanas es el primer libro de poemas que leí en mi vida, supongo que a los doce años, de un ejemplar encuadernado en rojo en la biblioteca de mi padre. Al releerlo, siempre me quedan algunos poemas, “Era un aire suave”, “Blasón”, “El coloquio de los centauros”, “Sinfonía en gris mayor”. Son los poemas inolvidables. “Era un aire suave”, reminiscente de *Les Fêtes Galantes* de Paul Verlaine, es más rotundo y logrado que cualquiera de los poemas de ese libro de Verlaine. Ya sabemos que *Prosas profanas* es un prodigio de asimilación de tradiciones literarias. En “El coloquio de los centauros” y otros recoge la tradición grecolatina a través de la poesía francesa del diecinueve. En Darío siempre triunfa lo descriptivo sobre lo especulativo. Los decorados son estupendos. La cabalgata de los centauros es mejor que un cuadro de Puvis de Chavannes.

Quizá el fragmento más vivo del poema son estos versos acerca del misterio:

Las cosas
tienen raros aspectos, miradas misteriosas,
toda forma es un gesto, una cifra, un enigma;
en cada átomo existe un incógnito estigma;
cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
y hay un alma en cada una de las gotas del mar;
el vate, el sacerdote suele oír el acento
desconocido; a veces enuncia el vago viento
un misterio; y revela una inicial de espuma
o la flor; y se escuchan palabras de bruma.

El misterio griego contrasta con la invocación cristiana en su poesía. Aquí también es afín a Paul Verlaine, que se reconvirtió al cristianismo. El “Responso a Paul Verlaine” empieza por homenajearlo a la griega:

que púberes canéforas te ofrenden el acanto

Pero termina:

el sátiro contemple sobre un lejano monte
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
y un resplandor sobre la cruz.

El contraste entre la poesía de inspiración pagana y las composiciones religiosas caracteriza la literatura española desde el siglo de oro. Darío le da una vuelta de tuerca. Su virtuosismo le permite crear decorados griegos, o practicar metros medievales castellanos, o componer al ritmo de la seguidilla. De hecho lo decorativo en Darío es su mejor virtud, y por eso escojo dos poemas, “Blasón” y “Sinfonía en gris mayor”, su culmen para mí.

Los decorados no son para Darío parafernalia inerte. Adquieren dinamismo y drama a través de la enjundia de los versos. Baste este ejemplo de “Era un aire suave”:

y bajo un bosque del amor palestra,
sobre rico zócalo al modo de Jonia,
con un candelabro prendido en la diestra
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

O estos otros versos de “Blasón”:

boga y boga en el lago sonoro
donde el sueño a los tristes espera,
donde aguarda una góndola de oro
a la novia de Luis de Baviera.

Darío nos encanta. Un mundo de sonoridades mágicas encastradas en el ritmo y la sintaxis, palabras como piedras de colores, precisas desde el punto del sonido y el sentido. Practica metros flexibles y de aliento libre, pero lo que me produce un efecto verdaderamente entrañable es su artificiosidad, su don del ritmo dentro de la exigencia del metro exacto. “Sinfonía en gris mayor” está en dodecasílabos acentuados siempre en la quinta sílaba, y casi siempre en la octava. Nunca suena maquinal.

En un escenario a la Joseph Konrad, los decorados de Darío son dinámicos. Así empieza el poema:

El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco
con paso de enfermo camina al cenit;
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro clarín.

Su don de imagen resalta el bochorno atmosférico del cielo encapotado. Como en un cuadro de Degas o Derain, a veces el elemento preponderante resalta por sí sólo, a veces se resume en una sola pincelada, desprendida de la composición:

entre sonrisas y perlas y flores
Iban las casacas de los chambelanes.

Las casacas son el impacto llamativo del cuadro. Adquieren vida propia. No hay personas, sino casacas. Esta imagen repercute en el primer soneto de *Los éxtasis de la montaña* de Julio Herrera y Reissig:

La sotana del cura se pasea gravemente en la huerta.

En Darío no podemos encontrar rigor filosófico y sí penetrante inteligencia. Es un monstruo por su capacidad de transcreación de las resonancias poéticas del parnasianismo y simbolismo franceses. Trajo esa tradición izada de la nuca y la depositó en el espacio poético hispanoamericano como si fuera algo propio y natural. El modernismo no parte de la poesía romántica española. Nace de pies a cabeza con Darío. Es el fundador de la modernidad en nuestra lengua. De allí salen todos, pero en particular Julio Herrera y Reissig y una década después César Vallejo. Mucho menos Vicente Huidobro, que recuperó el contacto directo con lo francés en el momento en que Darío moría.

Roberto Echavarren (Uruguay) es poeta, narrador, ensayista y traductor. Entre muchos otros libros publicó, en poesía: *El mar detrás del nombre* (1969), *La planicie mojada* (1981), *Animalaccio* (1986), *Aura Amara* (1988), *Poemas largos* (1990), *Universal ilógico* (1994), *Casino Atlántico* (2004), *Centralasia* (2005), *El expreso entre el sueño y la vigilia* (2009), *Ruido de fondo* (2010), *El monte nativo* (2015). Fue el compilador, junto a José Kozer y Jacobo Sefamí, de la importante antología *Medusario. Muestra de poesía latinoamericana* (1996 y 2010), prologada junto a Néstor Perlongher. Es además el fundador y director de la editorial La flauta mágica.